

## EL CONCEPTO ANTROPOLÓGICO EN OSWALD SPENGLER

POR

ANTONIO MARTÍN PUERTA

SUMARIO: 1. INTRODUCCIÓN.—2. SPENGLER Y SU ÉPOCA.—3. LA INFLUENCIA DE SPENGLER: 3.1. En el medio intelectual. Los casos Heidegger, Mann y Ortega; 3.2. En los movimientos fascistas; 3.3. En los intelectuales católicos españoles.—4. ANÁLISIS ANTROPOLÓGICO: 4.1. Los antecedentes organicistas y románticos; 4.2. El estatismo prusiano; 4.3. El racismo; 4.4. La exaltación oligárquica; 4.5. La antipatía por el mundo latino; 4.6. La crítica a la ley natural; 4.7. La negación de la razón clásica; 4.8. El anticristianismo.—5. EL CAMUFLAJE DEL CONCEPTO ANTROPOLÓGICO: MÁS NIETZSCHE QUE GOETHE.—6. LAS CAUSAS DE LA IMPOSIBLE CERTEZA ANALÍTICA: 6.1. Introducción; 6.2. El irracionalismo; 6.3. La idea de destino y de libertad; 6.4. El nominalismo; 6.5. El pesimismo; 6.6. La actitud ideológica.—7. CONCLUSIÓN: EL NECESARIO ANÁLISIS DEL CONCEPTO ANTROPOLÓGICO DE UN AUTOR.

### 1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo se fundamenta sobre una idea: lo imprescindible que resulta analizar el concepto de hombre que subyace en cualquier autor para poder comprender en su integridad la validez del mensaje que se nos está emitiendo, ya se trate de una teoría social, económica, política, o de una simple obra literaria.

Porque si bien es habitual —e imprescindible— analizar el entorno histórico y cultural en que se desarrollan un autor y su obra, es bastante poco común indagar acerca de su concepto acerca de las personas, que finalmente es la clave explicativa de una buena parte de sus afirmaciones.

Debilidad que no es casual, sino procedente de que el mundo moderno carece de un concepto claro de persona; es más, la noción de persona que subyace de modo general en la cultura occidental, podría llegar a desaparecer, dado que la valoración de los atributos de la persona procedentes de la construcción judeo-greco-cristiana, ha pasado a considerarse de modo radicalmente distinto desde la Ilustración, autora primordial del debilitamiento del concepto de razón, a lo que han seguido las diversas ideologías de los siglos XIX y XX, socavando las nociones de libertad y de espíritu, para finalmente llegarse a caer de modo general en la justificación de procesos de ingeniería social, capaces de ignorar cualquier aspecto de la dignidad del hombre.

Pero analizar el concepto de persona mantenido por un autor puede además conllevar otra utilidad: servir para explicar cómo determinadas concepciones del hombre distanciadas de una recta interpretación antropológica, llevan directamente a notables debilidades analíticas y a la imposibilidad de enunciar teorías conformes con la realidad.

Tal sucede en el caso de Spengler, filósofo de la historia con pretensiones de profeta que nunca llegó a vaticinar nada que se cumpliera, sino que quedó finalmente en ser uno de los muchos intelectuales cuyo pesimismo les llevó a vincularse a la idea de necesaria aplicación de procesos de ingeniería social que rectificaran drásticamente el curso de una época en declive. Ello le inserta definitivamente, seguramente contra su gusto, dentro del conjunto de intelectuales que justificarían la gran fuerza destructiva que llevaría al desastre de Alemania en los años treinta y cuarenta, fracaso primero moral y finalmente general.

Que analizar el concepto antropológico de un actor es imprescindible vamos a comprobarlo en el caso de Spengler, acogido a la vez con simpatías y reticencias en círculos intelectuales católicos españoles de los años treinta y cuarenta. Se dio por válida su crítica a la democracia, pero resultaba evidente que su pensamiento, contrario al cristianismo, bebía de fuentes contrarias a lo que ha sido la tradición cultural de Occidente. Un análisis de la visión antropológica de Spengler demuestra que la mayor parte de su obra resulta inadmisibile desde un punto de vista católico.

Y lo que se diga de Spengler vale para cualquier otro autor: una cosa es la selección de alguna cita y otra distinta acoger procedimientos de análisis que incorporan necesariamente visiones del hombre contradictorias con los propios principios. El caso marxista es revelador igualmente de cómo el uso no selectivo de enunciados basados en un concepto radicalmente contrario de la persona puede terminar no sólo en la esterilización de lo propio, sino además en el enfangamiento en posiciones de tipo ideológico caracterizadas por una nula capacidad explicativa, más allá de supuestas construcciones científicas que se muestran finalmente vacías de contenido.

Pero un autor no es un hecho aislado, sino también resultado de una tradición cultural que a veces transmite desde siglos conceptos que por sí mismos no sólo carecen de capacidad explicativa, sino que incluso producen una deriva necesaria hacia planteamientos forzosamente errados en lo analítico. El caso Spengler es uno de ellos. Una parte sustancial de su pensamiento proviene de las construcciones de comienzos del xix —tales como el organicismo alemán o el estatismo prusiano— que incluso teniendo su origen en una reacción contra la Ilustración acababan generando una visión del hombre caracterizada por la necesidad de un sometimiento a la autoridad mucho más allá de lo que el derecho público cristiano pudo nunca llegar a exigir.

Vinculada con este punto se debería efectuar una última reflexión: insistir en que Spengler es un autor alemán sería perogrullesco si no fuera porque existe una notable tendencia a ignorar que la cultura germánica —como la anglosajona o como la latina— tiene sus propias interpretaciones del mundo y del hombre que no son las de las otras dos. Cuando Locke, Hume o Burke escriben, no lo están haciendo para extremeños, renanos ni venecianos: lo hacen exclusivamente para ingleses; dentro de cada subcultura existen sobreentendidos que no están redactados en ninguna parte, pero que todos sus miembros sienten y conocen. Por ello de la interpretación estricta de un texto de alguien de otra subcultura pueden a veces deducirse consecuencias que ni al autor ni a quienes forman parte de su ámbito le parecerían razonables. De una interpretación literal de Locke efectuada por

un latino se extraería fácilmente un destructivo Rousseau (por no hablar de Hobbes), pero todo ello queda paliado por un sentir general del mundo anglosajón acerca de lo inadmisibles de los excesos del poder público. Y ese sentir ambiental muchas veces no se expresa ni lo capta quien pertenece a otras culturas.

Tal sucede con Spengler, procedente de la cultura germánica, cuyo sentimiento de fondo es tan distinto del latino. El fuerte sentido de comunidad y de estado, con las exigencias de disciplina subordinación del ciudadano, es aquí uno de esos sobreentendidos, junto con otro: la notable antipatía histórica de una buena parte del mundo germánico hacia el sur latino y católico, evidente en las páginas del autor. De no haber sido derrotadas las tres legiones del pretor Varo en Teutoburgo en el año 9, seguramente la historia del pensamiento de Occidente habría sido otra, y seguramente mejor.

## 2. SPENGLER Y SU ÉPOCA

Oswald Spengler nació en 1880 en la pequeña ciudad de Blankenburg, hijo de un minero, doctorándose en 1904 con una tesis sobre Heráclito, aunque hasta 1911 su oficio sería el de maestro de escuela. En los años previos a la I Guerra Mundial concibió su ensayo *La decadencia de Occidente*, de modo que es injusta la crítica que recoge Joseph Vogt (1) de los intelectuales franceses comentando burlescamente que puesto que los alemanes habían sido incapaces de entrar en París, Spengler consideraba que todo Occidente estaba en decadencia.

Lo cierto es que su éxito se debió fundamentalmente a la enorme crisis general que ambienta la República de Weimar, y en otro caso —más aún si los Imperios Centrales hubieran ganado la guerra— probablemente su obra habría pasado como una curiosidad más o menos interesante escrita por alguien ajeno al mundo universitario. Pero la situación caótica de la Alemania de

---

(1) JOSEPH VOGT, *El concepto de la historia de Ranke a Toynbee*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1974, pág. 75.

la posguerra permitió éxitos editoriales como el de Spengler a lo largo de toda la vida de la República, mientras otros profetas fueron flor de temporada. Rüdiger Safransky (2) lo comenta de este modo: "Efectivamente, en los primeros años de la República de Weimar, a los profetas *ex cathedra* se les añadió una fuerte concurrencia de tipos que actuaban por libre. Fue el tiempo de la inflación de santos, que en las calles, en los bosques, en las plazas del mercado, en las tiendas de los circos y en las trastabernas ahumadas querían redimir Alemania o el mundo. *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, obra de la que en aquellos años se vendieron seiscientos mil ejemplares, fue el gran esbozo teórico que, desde el espíritu final de los tiempos y de un nuevo comienzo radical, hizo saltar al aire en mil pequeñas astillas las interpretaciones del mundo. Toda la ciudad medianamente grande disponía de uno o varios salvadores".

Por su parte Alastair Hamilton hace la siguiente descripción (3): "El nacionalismo alemán en su forma tradicional estaba bien representado por un hombre que nació en 1880 y vió en la República de Weimar el derrumbamiento de todo lo que a él le había parecido de valor en la Alemania Imperial. En lo que se refiere a Oswald Spengler, la abdicación del emperador fue seguida únicamente por la anarquía. Como residente en Munich vivió la desconsoladora experiencia de la República Soviética de abril de 1919, y contemplando retrospectivamente este mes de mayo la describiría como "nada más que hambre, pillaje, suciedad, peligro y bribonería sin paralelo". En cuanto al retrato que Hamilton hace del personaje es éste: "Oswald Spengler, un solterón solitario, un desdichado, misógino, misántropo e irritable, víctima de continuas jaquecas, de corazón débil, mala vista y que sufría de insomnio, dejó su carrera de maestro de escuela para poder escribir este libro. Escribió durante la Primera Guerra Mundial en medio de la mayor penuria, pero al cabo de sólo pocos

(2) RÜDIGER SAFRANSKY, *Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo*. Tusquets, 1977, pág. 122.

(3) ALASTAIR HAMILTON, *La Ilustración del fascismo*, Luis de Caralt Ed., Barcelona, 1973, págs. 133 y 134.

meses después de la publicación de su obra, se convirtió en una de las figuras más famosas e influyentes de Alemania".

De lo que no hay dudas es de su notable influencia en los medios intelectuales y políticos de la derecha antidemocrática durante los años treinta, que se explica por la conmoción que vivió Alemania al pasar a contemplar en pocos años una derrota militar, el fin de la monarquía secular, el desmantelamiento de su ejército, una paz considerada humillante, la sublevación espartaquista, la república bolchevique de Baviera, la amputación de parte de su territorio y un caos económico que arruinó a millones de personas, todo ello junto a una latente amenaza de revolución comunista. Los sectores conservadores buscaban una revancha, justificaciones doctrinarias, réplicas intelectuales al marxismo, un régimen sólido, profecías de triunfo y reivindicaciones del papel de Alemania en el mundo. Y resultó que de todo ello se podía encontrar en Spengler, que de ser un olvidado maestro de escuela pasó a estar considerado como una de las luminarias de la derecha radical y antidemocrática de la época de la República.

De entrada es imprescindible aclarar sus relaciones con el nacionalsocialismo, pues a veces es asimilado a tal movimiento con cierta injusticia, aunque también con algunas razones. Spengler no pertenecía a ningún partido, aunque sus simpatías estaban más bien con los partidos ultranacionalistas de tipo monárquico que con sujetos tan ordinarios como Hitler y sus primitivos seguidores, un grupo de marginados de connotaciones socialistas por los que Spengler no sentía ningún aprecio personal, si bien, como a todas las derechas de la época, les encantó ver que alguien echaba a pique a la odiada República, sin prever cuáles serían las consecuencias para el futuro.

Los nazis, por su parte, hicieron uso de Spengler como todos los demás grupos de oposición a la democracia dentro y fuera de Alemania por lo que tenía de suministrador de argumentos aprovechables, pero le marginaron poco después de alcanzar el poder en enero de 1933; el autor, en la introducción a *Años decisivos* saludó el hecho de tal forma: "Nadie podía anhelar más que yo la subversión nacional de este año... ha sido algo grandioso y

seguirá siéndolo a los ojos del porvenir" (4). Si bien en la misma obra, ya se desmarcaba ya del sentido plebeyo de los nazis (5): "Hemos de repetirlo constantemente —sobre todo ahora que los revolucionarios «nacionales» adoran el ideal de la pobreza y la miseria generales, como frailes mendicantes, declarando, de completo acuerdo con los marxistas, delito y vicio toda clase de riqueza y todo aquello que posee esta superioridad en cosas de cultura superior y todo lo que sobresale en capacidad de adquisición, conservación y empleo de la propiedad, y justamente por envidia de estas capacidades que a ellos les faltan por completo...". Raymond Aron explica con claridad las diferencias (6): "Spengler, que murió antes de que estallara la segunda guerra, no simpatizaba con el nacionalsocialismo, movimiento también plebeyo, en vista de la movilización de las masas, vulgar e indiferenciado".

Tanto Spengler como Heidegger no tardarían en entender que el nuevo régimen no necesitaba asesores intelectuales de pensamiento propio sino sumisión incondicional, aunque Spengler moriría poco después, en 1936, de un ataque al corazón, un fin no raro en gente soberbia y malhumorada.

Spengler es, sin duda, uno de los elementos característicos del paisaje intelectual de los años treinta, lo que es comprensible por la crispación de la época, pero seguramente las razones de su triunfo intelectual son ajenas en parte a sus méritos y en buena parte fruto de las circunstancias. La lectura de su obra suele generar un deslumbramiento inicial ante el cúmulo de datos manejado y la construcción presentada, con un subsiguiente aturdimiento ante tal fárrago, siendo finalmente inevitable una reacción crítica ante la arbitrariedad de muchas de sus afirmaciones.

Por otra parte se trata de una filosofía de la historia que tiene obvias pretensiones predictivas, pero que además se vincula muy estrechamente a situaciones de los años treinta, y más concretamente de la crispada Alemania weimariana, con paralelismos his-

(4) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 11.

(5) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 101.

(6) RAYMOND ARON, *En defensa de la libertad*, Ed. Argos, S. A., Barcelona, 1977.

tóricos más que caprichosos y claramente oportunistas de cara a justificaciones políticas buscadas, donde constantemente se reitera la afirmación de que los procesos allí descritos son inevitables, recurriendo con frecuencia al desacreditado aval de la idea de destino grecorromana previa al cristianismo.

A menudo adopta Spengler el desagradable e imperativo tono de un santón embaucador, cuando en la práctica nunca pudo acertar en sus predicciones. Todo ello como se indicó anteriormente no es casual, pero aún así sigue siendo un autor que ejerce cierta fascinación en sectores conservadores, pues muchas de sus críticas al sentimiento socialista o liberal son de gran exactitud y profundidad psicológica, por lo que no sería improbable que una vez olvidada la imagen que le vincula al nazismo volviera a tener una parcial rehabilitación, pese a la brutalidad de muchas de sus afirmaciones, por lo que el análisis de sus planteamientos no deja de tener su interés.

Y, aparte de lo expuesto, es, desde luego, esencial reiterar su posición radicalmente anticristiana, no sólo por lo que abiertamente manifiesta, sino por su ruptura con elementos básicos del pensamiento de Grecia y Roma insertos en el mundo cristiano tales como la existencia de una ley natural universal, el concepto de razón clásica distinta del racionalismo moderno, o los principios de solidaridad y bien común, por no hablar del necesario y universal respeto a la dignidad del hombre.

### 3. LA INFLUENCIA DE SPENGLER

#### 3.1. En el medio intelectual. Los casos Heidegger, Mann y Ortega

Buena síntesis introductoria del autor tratado es el juicio de Paul Johnson (7), que afirma: "Por mera mala suerte, el libro más leído y más influyente en la Alemania de 1920 fue *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, un absurdo y pedante

---

(7) PAUL JOHNSON, *Tiempos Modernos*, Javier Vergara Editor, pág. 135.

maestro de escuela... La esencia de la obra era el darwinismo social", lo que Rüdiger Safransky describe en la forma que hemos visto.

Que en la Alemania derrotada de la primera posguerra tuviera influencia una obra como la de Spengler no tiene nada de extraño, dada la situación desesperada y deprimida en que se desenvolvía una sociedad cuyos intelectuales reclamaban explicaciones y, por otro lado, pretendían ofrecer una réplica intelectual al supuesto cientifismo de los marxistas. Que se leyó extensamente lo atestiguan las cifras de ventas citadas, y que era uno de los textos de cabecera de los autores de la llamada "revolución conservadora" que buscaba socavar la república weimariana es algo evidente.

Ahora bien, debe efectuarse un distingo imprescindible. Una cosa es su evidente difusión e influencia, y otra distinta la asunción pública de Spengler como maestro ideológico por parte de las grandes figuras de la intelectualidad, tanto alemana como de otros países. Ello tiene explicaciones muy claras. La primera que Spengler no procedía del mundo académico, sino que había ejercido como maestro de escuela, lo que le hacía citable con reparos. Por otro lado su sistema expositivo basado en la evolución de las grandes culturas, el determinismo que conlleva y la interesada aplicación a soluciones políticas que el autor avalaba, causaron desde un principio cierto distanciamiento en el mundo universitario, pues la obra no deja de responder a un patrón heterodoxo, subjetivo y en bastantes ocasiones arbitrario. Su influencia intelectual fue notable, especialmente en los medios del conservadurismo nacionalista radical, pero escasamente reconocida por todo lo dicho. Veamos la actitud de las dos máximas figuras alemanas de la filosofía y la literatura coetáneas de Spengler.

Caso muy ilustrativo es el de Heidegger, en cuya biografía Safransky dice (8): "En las reflexiones sobre la latencia cotidiana del aburrimiento Heidegger habla de la situación espiritual de la época. Entre los autores que lo formulan menciona a Spengler,

---

(8) RÜDIGER SAFRANSKY, *Un maestro de Alemania. Martín Heidegger y su tiempo*, Tusquets, 1977, pág. 233.

Klages, Scheler y Leopold Ziegler. Con pocas palabras despacha Heidegger sus diagnósticos y pronósticos, pero, seamos sinceros: propiamente no "nos afecta". "Por el contrario, todo es una sensación, y eso significa siempre una tranquilización no confesada y de nuevo aparente". O sea, Spengler es uno más de la época, de cierto pero no excesivo interés. Dicho de otro modo: para el mundo universitario era una curiosidad más o menos interesante, o incluso ocultamente influyente, pero nunca un magisterio reconocible.

En cuanto a la actitud de la otra máxima figura intelectual de la época, dice Alastair Hamilton (9): "Uno de los críticos con mayor percepción que tuvo Spengler fue Thomas Mann. Básicamente a Mann no le gustaba Spengler, y éste, que tenía muy poco respeto por todos sus contemporáneos, ciertamente no sentía ninguno por Mann. En 1922 Mann se refirió a él llamándole «el mono (de imitación) de Nietzsche, y en *Sobre la doctrina de Spengler* le calificó de «un derrotista de la humanidad», un *snoob* con ideas burguesas. Resentido por la declaración materialista de Spengler de que el hombre del siglo xx ya no podía tener esperanzas de producir una gran obra de arte, Mann se preguntó qué sería de los hombres como Spengler si los intelectuales dejaran de existir". Para rematar el juicio Hamilton indica que en los "Escritos políticos de Mann se indica de *La decadencia de Occidente* que "Es una novela intelectual de gran valor de entretenimiento".

En cuanto a España, la obra sería traducida por García Morante en 1923, y en su proemio Ortega y Gasset efectuaba el siguiente juicio (10): "*La Decadencia de Occidente* es, sin disputa, la peripecia intelectual más estruendosa de los últimos años", a la par que indicaba: "En otro lugar espero ocuparme largamente de esta obra", cosa que finalmente no hizo, pero es notable la similitud en la actitud aristocrática en ambos autores, lo que hizo decir a Gonzalo Fernández de la Mora (11) "el más

(9) ALASTAIR HAMILTON, *La ilusión del fascismo*, Luis de Caralt Ed., Barcelona, 1973, pág. 135.

(10) Proemio a la obra, Espasa Calpe, 1923.

(11) GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Razón Española*, mayo-junio 1988, pág. 353.

intenso eco español de Spengler se encuentra en Ortega". Ciertamente la influencia de Spengler no sería nunca reconocida por el filósofo español, pero es manifiesta la similar concepción conservadora y elitista de la historia y de la sociedad, tratándose de dos autores en donde hay un punto común que lleva a una similar concepción antropológica: el ateísmo de ambos. Y si alguien piensa que existe una actitud distinta ante la democracia, debería desengañarse, pues Ortega es un liberal partidario de una democracia sumamente restringida, que se encarga de aclarar constantemente su entusiasmo por el liberalismo y su desdén por la democracia. Tan sólo en una época tan reciente como la nuestra, y ya con posterioridad a la segunda guerra mundial, se ha llegado a producir la confusión entre ambos conceptos.

### 3.2. En los movimientos fascistas

Este punto será forzosamente breve, pero Spengler ha sido, y es en la limitada y evolucionada medida en que los fascismos perviven, una cita obligada. No podía ser de otro modo ante el cúmulo de argumentos que suministra contra la democracia, el peligro del mundo europeo y la necesidad de sustitución de los regímenes liberales por otros de signo autoritario.

Las citas en los textos de los años treinta son innumerables, y aún en nuestra época un libro como *Vu de droite* (12) publicado en 1970, de Alain de Benoist, propulsor en Francia del neofascismo intelectual conocido como *Nouvelle Droite* sigue probando en su recopilación de artículos de diversos autores, que Spengler sigue siendo un autor leído, aunque tal como al inicio se indicaba, más mencionado que citado.

Circunscribiéndonos al caso español, se da la circunstancia de que el autor pasó a ser sumamente conocido a través de una cita de José Antonio Primo de Rivera, concretamente incluida en su "Carta a los militares de España" escrita durante su reclusión en la Cárcel Modelo de Madrid el 4 de mayo de 1936, en las vis-

---

(12) ALAIN DE BENOIST, *Vu de droite*, Ed. Copernic, París, 1979.

peras de la guerra civil (13). En ella se dice en el apartado II, titulado "El ejército, salvaguarda de lo permanente": "A última hora —ha dicho Spengler— siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización". Parece que ello se debe a que durante su época final de presidio, los dos libros que leyó fueron *El Conde-Duque de Olivares*, de Marañón, y *Años decisivos*, dos *bestsellers* del momento.

Con respecto a esta cita cabe destacar lo siguiente: lo primero, que se ha repetido hasta la saciedad durante muchos años, y lo segundo, y más importante, que Spengler no dice textualmente tal cosa en ningún sitio, sino que se trata de una interpretación en el tono expresivo habitual de Primo de Rivera. Lo que el autor dice más aproximado a tal afirmación es lo siguiente (14): "En el porvenir los ejércitos relevarán a los partidos" y "... serán los ejércitos y no los partidos la forma futura de poder", dentro de ese arbitrario paralelismo con que juega y que le permite comparar la época que le tocó vivir con el advenimiento de un poder fuerte en la era augústea tras las guerras civiles de la república romana.

Lo cierto es que la cita de Primo de Rivera hizo fortuna en la forma en que él la expresó, siendo común tomarla por auténtica, lo que deja en evidencia a quienes la utilizan, pues sólo caben dos interpretaciones: o cuáles han sido sus lecturas durante muchos años, o que tocan de oído.

### 3.3. En los intelectuales católicos españoles

Que un autor tan contrario al cristianismo alcanzase tal éxito en los años treinta entre un país católico, evidencia por qué, el análisis antropológico de un autor es algo tan esencial que no puede dejarse de lado, tal como habitualmente se hace.

---

(13) JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, *Obras*, Ed. Almena, Sección Femenina, Madrid, 1970, pág. 927.

(14) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, págs. 179 y 183.

Raúl Morodo, en su texto *Orígenes ideológicos del franquismo* (15). Recuerda las citas a Spengler en Acción Española por parte de Vázquez Dodero, Vegas, Ruíz del Castillo y Pedro Sáinz Rodríguez, éste indicando que su obra es un "embate definitivo" contra la democracia. Es de suponer que don Pedro no reiteraría tales citas en su época de consejero áulico en Estoril, una vez convertido ya en demócrata de casi toda la vida, o de toda, según Luis María Anson.

Como es sabido *Acción Española* —una denominación que no oculta la admiración por la *Actión Française* de Charles Maurras— se funda en 1931 por Eugenio Vegas Latapie, brillante intelectual católico y monárquico alfonsino, uno de cuyos fundamentos reconoce encontrarse en las lecturas del periódico *El Siglo Futuro*, y sobre quien no pueden haber dudas acerca de su ortodoxia religiosa. Veamos cómo se expresa el propio Vegas (16): "Me entusiasmó la lectura de *Años decisivos*, y en el mes de septiembre publiqué incluso en *Acción Española* una reseña en la que calificaba al libro de "verdaderamente sensacional". Le cité, asimismo, en otros muchos artículos, tanto en *La Época* como de *Acción Española*. Todos cuantos nos agrupábamos en torno a la revista utilizamos con frecuencia sus ideas y hasta sus mismas palabras en escritos y discursos". Por otro lado, al hablar de Maeztu (17) dice que Spengler era "una de sus grandes admiraciones".

Reitera Vegas su admiración por el autor alemán en *Acción Española*, en donde se expresa del siguiente modo (18): "De verdaderamente sensacional debemos calificar la obra que con el título de *Años decisivos* publicó en alemán en julio de 1933 Oswald Spengler, y cuya traducción española acaba de lanzar Espasa-Calpe". "Únicamente discrepamos de Spengler en dos o tres páginas, en que al rozar temas religiosos, se expresa con alguna injusticia para con la Iglesia católica, expresiones a las que

(15) RAÚL MORODO, *Orígenes ideológicos del franquismo*, Túcar Ediciones, Madrid, 1980, págs. 195 y 196.

(16) EUGENIO VEGAS LATAPIE, *Memorias políticas*, Planeta, 1983, pág. 218.

(17) EUGENIO VEGAS LATAPIE, *Memorias políticas*, Planeta, 1983, pág. 267.

(18) EUGENIO VEGAS LATAPIE, *Acción española*, núm. 60-61, septiembre 1934.

el buen criterio de nuestros lectores sabrán dar el debido alcance, advertidos de que el autor no es católico". De hecho Juan Vallet de Goytisolo, amigo y seguidor de Vegas, y cofundador con él de *Verbo*, destaca cómo se recoge la obra de Spengler en *Acción Española* por lo que tiene de crítica a la democracia (19).

Similar postura se encuentra en José Permartín, primo de José María Pemán y colaborador de *Acción Española*, que afirmaba en 1938 (20): "Ya el gran historiador en su último portentoso libro *Años decisivos*—que (salvo algunas reservas que debemos hacer como católicos sobre sus opiniones respecto de la Iglesia) es un libro admirable, que debiera servir de breviario a todo gran político del día— tiene un fulgor, un relámpago de esperanza contra sí mismo, contra su propio pesimismo".

En cuanto a Ramiro de Maeztu, al hablar de las diferencias entre cultura y civilización indica (21): "Pero lo que vale en Spengler es la riqueza de detalles con que mantiene esta metáfora. Sus comparaciones son tan valiosas, que frecuentemente nos colocan en situación histórica apropiada para entender y apreciar manifestaciones culturales cuyo valor se nos pasaba inadvertido".

Tales entusiasmos deben ser ambientados en la exaltada época en que se escribieron los textos citados, y debe en todo caso destacarse que de Spengler tomaban tales intelectuales católicos lo que creían resultaba compatible con sus principios religiosos y políticos, no pasando por alto el carácter anticatólico de las obras que citaban. No obstante, no deja de manifestarse un hecho que aquí se desea destacar: *que no se analiza el concepto de persona que subyace en el autor, lo que supone una carencia evidente*, pues las discrepancias con la interpretación católica son de mucho más que de dos o tres páginas: las discrepancias de hecho se deberían haber considerado lo fundamental, y las coincidencias de detalle.

(19) JUAN VALLET DE GOYTISOLO, Separata de *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, sesión del 22 de enero de 2002.

(20) JOSÉ PERMARTÍN, *Qué es lo nuevo*, Ed. Cultura española, Santander, 1938.

(21) RAMIRO DE MAEZTU, "Defensa del espíritu" (*ABC*, 16 de mayo de 1936).

De sumo interés y acertada síntesis es la crítica a Spengler efectuada por Manuel García Morente en 1957 (22), que se expresa de la siguiente manera:

a) Como exposición analítica:

“Se han dado ya desde Hegel hasta Spengler, todos los tipos de solución, que consisten en sustituir la historia concreta, particular, por la historia de ciertas unidades genéricas, a las que se llama razón universal, o «espíritu del pueblo», o «cultura»”.

b) En relación con la clasificación en grandes culturas:

“Si la historia puede reducirse a sistema, dejaría de ser historia para convertirse en una como astronomía o biología de la existencia humana. Y el más consecuente y sincero de los epígonos de Hegel, Oswaldo Spengler, proclama, en efecto, sin rebozo, que la historia de la humanidad se reduce a una anatomía y morfología comparada de esos ingentes organismos vivos que él llama culturas”.

c) En relación con el reduccionismo:

“Ahora bien; ese empeño de *reducir* la realidad histórica a otra realidad no histórica está a su vez fundado en un principio filosófico que actúa más o menos explícito en todos los sistemas derivados del idealismo cartesiano. El prejuicio a que me refiero podría llamarse principio de la realidad única. Consiste en suponer que todos los objetos que se ofrecen a la contemplación y estudio del hombre son formas en apariencia diferentes, pero en el fondo idénticas de una y la misma realidad”.

d) En relación con la visión organicista:

“La nación es una quasi-persona. La historia nacional es la biografía de la nación, es decir, la narración de la vida de esa quasi-persona que es la nación”.

---

(22) MANUEL GARCÍA MORENTE, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Rialp, Madrid, 1957, págs. 176, 213, 214, 228 y 230.

e) En relación con las "filosofías de la historia":

"Y es que en la biografía de la Humanidad, la tercera parte, la parte que hemos llamado filosófica —la que aspira a comprender en un concepto o símbolo la totalidad de la vida narrada—, plantea un problema, que la limitada capacidad del pensamiento humano no puede resolver. Declarémoslo sin rebozo: la filosofía de la historia universal es imposible. Sólo Dios sabe lo que es el hombre".

f) En relación con la actitud nominalista:

Spengler niega "el supuesto básico de la unidad de la humanidad".

No es muy distinto el sentido de la crítica que expresó Heinrich Rommen (23): "Por otra parte tenemos las filosofías pesimistas, por ejemplo las de Spengler. Con relación al «fin de la humanidad» es completamente y decididamente un pesimista: para él la humanidad es una cantidad zoológica; no ve progreso en la naturaleza humana, no ve «el fin de la humanidad». El hombre es un ave de presa; éticamente defiende la ideología utilitaria de los que participan en un *status quo* siempre transitorio. La historia como una ola irracional que sube y cae sin ideales. La política es sólo la voluntad brutal de una nación que defiende su poder y su propia forma de existencia por medio de la guerra, que es la forma permanente de la existencia humana en el continuo cambio de las culturas y las civilizaciones. El progreso es una invención. La historia es siempre la historia de los Estado guerreros. Las consecuencias de una semejante idea del hombre en el orden de la filosofía política están perfectamente ilustradas por la influencia de las ideas de Spengler en la formación del nacional-socialismo. La historia no es la inmanente perfección progresiva del hombre por sí mismo, ni la revelación de la guía providencial de Dios; no tiene sentido, es irracional, eterno retorno, embate sin fin de las olas. No hay ni buenas ni malas formas de gobierno, lo mismo que no hay fórmulas

---

(23) HEINRICH ROMMEN, *El estado en el pensamiento católico*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1956, pág. 106.

invariables para juzgarlas. Hay simplemente un objetivo de la investigación política: el poder". Ello vuelve a evidenciar que el punto de vista católico sigue conteniendo los puntos básicos para la más racional y metódica de las críticas.

Encontramos en 1958 en un texto de José María Alejandro, S.J. (24) afirmaciones como que "Spengler plantea el problema de Europa desde un punto de vista naturalista y fatalista, sin admitir más fuerza histórica que el destino", o que por ignorar el papel de la Iglesia "Spengler no puede diagnosticar sobre Occidente". Aunque la crítica, como puede verse, es mucho menos profunda, no le pasa desapercibida al jesuita la actitud antilatina (que evidencia unas diferencias de concepción cultural de gran calado), al indicar: "Los romanos como civilizados no tuvieron alma, ni filosofía, ni arte, siendo animales hasta la brutalidad, esclavos del éxito material, con una imaginación exclusivamente practicista y utilitaria. Los griegos cultos fueron creadores, tuvieron alma, tuvieron arte y filosofía propias, elegantes, sin la brutalidad romana, superiores, sin la imaginación pragmática de los romanos".

Por su parte Teófilo Urdániz afirma (25) que "los supuestos filosóficos de su doctrina se centran en un *naturalismo* histórico de corte netamente *biologista*, que aboca a una interpretación relativistas", y que "su visión global de la historia es una construcción grandiosa que admira por la riqueza de su erudición y puntos de vista originales. Son, sin embargo, construcciones en gran parte arbitrarias, que desfiguran la realidad histórica, la cual no va regida por esquemas aprióricos ni tiene su explicación en el simple materialismo biológico". De nuevo una valiosa crítica sintética del pensamiento cristiano.

Para confirmar que una seria información intelectual cristiana evita caer en deslices, acabemos este apartado con una cita de Gonzalo Fernández de la Mora, de distintos orígenes intel-

(24) JOSÉ MARÍA ALEJANDRO, S. J., *En la hora crepuscular de Europa*, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1958, págs. 74, 91 y 97.

(25) TEÓFILO URDÁNIZ, *Historia de la Filosofía*, BAC, tomo VI, Madrid, 1978, págs. 160 y 163-164.

tales, que en un admirativo artículo de 1988 escribía (26): "Son páginas brillantes, densas y categóricas que deleitan, interesan y estimulan; y en la clave apocalíptica conmueven". Lo que no es sino de nuevo la manifestación de las influencias orteguianas, tan profundas en la intelectualidad partidaria de Franco.

#### 4. ANÁLISIS ANTROPOLÓGICO

##### 4.1. Los antecedentes organicistas y románticos

Desde el punto de vista de la Doctrina Social de la Iglesia se habla de "concepción orgánica de la vida social", que significa que entre el individuo y el Estado se van generando espontáneamente por parte de la sociedad órganos y cuerpos intermedios que el Estado debe respetar por ser una manifestación del derecho natural de asociación, y que además potencian el desarrollo social y son una defensa del individuo contra el autoritarismo del Estado.

Ello no debe ser confundido con los planteamientos organicistas que surgen en Alemania frente al individualismo de la Revolución Francesa y en el marco del romanticismo, pues el organicismo tiene una fuerte tendencia al planteamiento autoritario y estatista frente al individualismo liberal.

Gregorio de Yurre, S.J., lo sintetiza de este modo (27): "El iluminismo proclamó la soberanía absoluta de la razón individual sobre todo principio o institución, fundados en factores superiores al individuo, factores que pueden reducirse a la Revelación y a la Tradición. En este ambiente se formó un ambiente rebelde, dispuesto a demoler el antiguo régimen en su misma base y a construir un orden totalmente nuevo. La norma fundamental de este nuevo orden había de ser la opinión individual, dirigida por

---

(26) GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Razón Española*, mayo-junio, 1988, pág. 339.

(27) GREGORIO DE YURRE, S. J., *Totalitarismo y egolatría*, Ed. Aguilar, Madrid, 1962, pág. 3.

los criterios utilitaristas del máximo placer. El motivo de la acción individual es también el motor del sistema social, puesto que la sociedad se concibe como una mera suma de individuos”.

“El romántico adopta una postura radicalmente opuesta, anti-racionalista o de desconfianza en las fuerzas de la razón individual. El romántico cree en la naturaleza, cuyo desarrollo, estructura y tendencias son anteriores y superiores a la razón individual; la naturaleza aparece a sus ojos como un todo internamente animado por un espíritu o razón superior al individuo; el hombre es partícula de ese ser”.

“La historia es concebida a modo de una segunda naturaleza, con desarrollo propio, independiente de las decisiones individuales y dirigida también por un espíritu o razón suprapersonal. Los pueblos y naciones son seres orgánicos con vida propia y las piezas fundamentales de la cultura mundial”.

El único reparo que cabe objetar a esta excelente síntesis es que describe perfectamente el modelo alemán, pero no serviría totalmente para los modelos románticos de otros países como Francia o España, ni tampoco para el organicismo nada estatalista de Burke, lo que en este momento no vendría al caso.

Afirmaciones como las de Novalis (1772-1801), de que el Estado es un ser orgánico vitalizado por el espíritu; de Schlegel (1772-1829) de que “un Estado forma un todo viviente”; de Herder (1774-1803) identificando nación y Estado, o las estatalistas de Fichte (1762-1814), por no hablar de la visión del Estado como cuerpo místico de Hegel (1770-1831) son necesarios antecedentes doctrinales en la formación del Segundo Reich.

Claramente los expresa August Wilhelm Schlegel (1767-1845) en sus *Lecciones sobre arte y literatura* (28) cuando afirma: “La naturaleza en su totalidad es, ella también, orgánica, pero nosotros no lo vemos; es una Inteligencia, como nosotros, y no hacemos más que presentirlo”.

Todos estos antecedentes, sobre los que no es necesario extenderse; son la manifestación de una idea característicamente

(28) Citado por ANTONI MARÍ, *El entusiasmo y la quietud*, Ed. Tusquets, Barcelona, 1998, pág. 123.

germánica: el individuo debe someterse a la comunidad, que tiene una vida anterior y superior a lo individual; si además consideramos que en aquellos momentos se trataba de dar un fundamento a la unificación de una Alemania fragmentada, se comprende el énfasis en la argumentación de que lo colectivo es superior a lo individual. Tales planteamientos tienen finalmente las dos mismas derivaciones que el pensamiento hegeliano: el socialista y el conservador, del que Spengler es una manifestación autoritaria más, retomando igualmente la exaltación de la idea de nación como todo orgánico que jamás debe mezclarse so pena de desaparición.

#### 4.2. Es estatismo prusiano

Spengler no era prusiano, pero sus obras exaltan constantemente la concepción prusiana del Estado, planteamiento de carácter totalizante, del que la primera víctima serían los nuevos países incorporados a Prusia tras las guerras napoleónicas.

Hasta la época de Napoleón, el concepto prusiano del poder no era más que la aguda manifestación de la necesidad de supervivencia de un pequeño país sin fronteras naturales cercado por vecinos poderosos como Rusia, Polonia o Austria. De ese modo, en lo que entonces era el límite oriental de Europa se fue consolidando a base de victorias militares el reino de Prusia. Nada debe extrañar este sentimiento de supeditación a la comunidad cuando ésta se encuentra amenazada de desaparición —Polonia es un ejemplo reiterado de esta posibilidad— y que tiene un claro paralelismo en la Grecia clásica: la "polis" era débil y podía desaparecer ante los persas u otros vecinos si no se fortalecía fomentando el sentido comunitario. Esta es la razón de la idea platónica de sumisión del individuo a la comunidad, lo mismo que la rígida jerarquía mantenida por los espartiatas, ante el hecho de su evidente minoría en relación con la Lacedemonia que dominaban. Se trata, pues, de un planteamiento defensivo y receloso ante un mundo hostil.

Pero las teorías estatistas no aparecen propiamente hasta la época romántica, especialmente de la mano de Fichte y Hegel.

Fichte ya había publicado en 1808 *El Estado comercial cerrado*, que es una defensa de la autarquía económica, en donde indica (29) que "el Estado debería cerrarse completamente a todo comercio con países extranjeros y formar un cuerpo comercial separado, como realmente ha de formar un cuerpo político y legal separados" o "el estado ha de controlar los movimientos de la población. No permitirá a sus ciudadanos el viajar por el extranjero solamente por razones de placer o curiosidad". No debemos perder de vista que la servidumbre —con campesinos no libres transmisibles con el predio— pervivía aún en Prusia Oriental en aquella época.

En 1807 escribió su *Maquiavelo*, que es una defensa de la inmoralidad de las actuaciones del Estado en la política internacional, pero en cualquier caso la obra más influyente (con posterioridad, ciertamente) de Fichte son los *Discursos a la nación alemana* de 1808, de carácter fuertemente estatista, sobre los que tampoco es preciso entrar por ser de sobra conocidos, y acerca de los que Gregorio de Yurre dice (30) que "el centro de valoración se ha desplazado en su pensamiento del Yo individual al Yo colectivo nacional, que ahora ocupa el eje de su filosofía".

Finalmente los principios ideológicos —en el sentido estricto del término— de Hegel, considerando al estado como comunidad espiritual, como Idea divina y como fin en sí mismo, además de ser un instrumento de darwinismo internacional —es absurdo hablar de derecho internacional fundamentado en principios éticos con la concepción hegeliana del derecho— son otros tantos antecedentes que encontramos en la base del pensamiento de Spengler, que afirma (31): "El poderoso Hegel fue el último cuyo pensamiento procedía de la realidad política cuando aún no era sofocado por la abstracción".

(29) Citado por GREGORIO DE YURRE en la obra mencionada, pág. 45.

(30) Citado por GREGORIO DE YURRE en la obra mencionada, pág. 47.

(31) OSWALD SPENGLER, *El hombre y la técnica*, Colección Austral, Madrid, 1967, pág. 103.

En cuanto a qué entiende el autor por concepción prusiana del mundo, lo explica claramente cuando dice (32): "Pero el estilo prusiano no exige sólo la primacía de la gran política sobre la economía, sino su *disciplina* por un Estado fuerte ... Prusiana es la ordenación *aristocrática* de la vida con arreglo a la categoría de la función. Prusiana es, sobre todo, la primacía incondicional de la política exterior, de la dirección afortunada del Estado en un mundo de Estados, sobre la política interior, cuya única función es mantener en forma a la nación para aquella tarea ... La idea prusiana se endereza tanto contra el liberalismo financiero como contra el socialismo obrero. Todo orden de masa y de mayoría, todo lo que es "izquierda" le es sospechoso. Es conservadora y derechista y brota de los poderes primordiales de la vida en cuanto tales poderes existen aún en los pueblos nórdicos".

Queda claro, por tanto, que su concepto de ordenación "prusiana" implica la sumisión del individuo a una sociedad jerárquica y a un Estado dedicado fundamentalmente a la política —entendida como combate— exterior. La dignidad de la persona poca importancia tiene frente al poder, y el único atenuante que cabe hacer valer es que no deja de ser parte de una tradición y social de mando y obediencia. Realmente el conocido *slogan* nazi, mil veces repetido en carteles, "Du bist nichts, das Volk ist alles" ("Tú no eres nada, el pueblo lo es todo") tenía sólidos antecedentes, lo que explica pero no disminuye la brutalidad del mensaje.

#### 4.3. El racismo

Spengler no deja de reiterar conceptos racistas a lo largo de su obra, si bien de nuevo intenta camuflar su concepto de raza, cuando dice (33): "Pero cuando hablamos aquí de raza no es en el sentido que hoy está de moda entre los antisemitas de Europa

---

(32) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, págs. 175, 176 y 177.

(33) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 197.

y América, esto es, en un sentido darwinista, materialista. La pureza de raza es un término grotesco ante el hecho de que desde hace milenios todas las estirpes y las especies se han mezclado. ... Lo que importa no es la raza pura, sino la raza fuerte que integra un pueblo".

Pero vamos a ver que ese concepto de "raza fuerte" se lo atribuye sólo a los nórdicos (34): "La frontera sigue aproximadamente en la línea Lyon-Milán. En el Mediodía románico, donde no se necesita gran cosa para vivir y se trabaja poco, donde no hay carbón y, por consiguiente, tampoco gran industria, donde racialmente se piensa y se siente de distinto modo, se desarrollaron las tendencias anarquistas y sindicalistas...". O (35) "la raza celtogermánica es la de más fuerte voluntad que jamás viera el mundo", a la que considera en riesgo de desaparición, pues (36) en Inglaterra "la clase superior de germanos y celtas dominante desde la época de los normandos está ya totalmente gastada. La masa de población primitiva erróneamente llamada celta va ocupando por doquiera la situación dominante" (Es la misma raza a la que pertenecen el campesino y el *bourgeois* franceses y la mayoría de los españoles, después que también allí se gastó en las guerras y en la emigración el elemento nórdico".

Al tratar de la traslación de los procesos industriales hacia países de mano de obra barata indica (37): "La masa obrera de las zonas carboníferas nórdicas se ha hecho superflua. Tal ha sido la primera gran derrota de los pueblos blancos frente a la masa de los pueblos de color de todo el mundo, a la cual pertenecen los rusos, los españoles del Sur y los italianos del Sur, lo mismo que los negros de la América sajona y los indios de la América española".

Analiza el proceso económico de traslación de empresas fuera del mundo occidental con cierta exactitud cuando dice (38):

(34) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 110.

(35) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 182.

(36) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 78.

(37) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 162.

(38) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 156.

"El pago excesivo del trabajo blanco reposaba también en el pago insuficiente del trabajo de color", hecho que le parece de justicia y peligroso, pues (39): "La dispersión de la industria occidental está en marcha desde 1900. ... La huida de los procedimientos técnicos superiores a las regiones de color prosigue sin tregua, y los salarios de lujo blancos comienzan a ser mera teoría, pues el trabajo ofrecido por ellos no es empleado ya".

Incluso al tratar el hecho del fascismo italiano indica (40): "Prescindiendo de que en un país meridional, de un estilo de vida semitropical y una «raza» correspondiente y, además, con una industria débil y en consecuencia con un proletariado poco desarrollado, no puede existir la agudeza *nórdica* de la oposición. En Inglaterra, por ejemplo, no habría podido nacer ni afirmarse esta clase de fascismo".

Vemos que se trata de planteamientos estrictamente racistas, que implican una sumisión de las razas inferiores en todos los órdenes a la raza *nórdica*, que se encargará de recalcar que sólo subsiste en Alemania. El hecho de que no haya prestado atención —cuando menos en apariencia— al racismo "científico", no le sitúa demasiado lejos de éste, y resulta sumamente claro que de su concepción racista del mundo se deriva la supremacía de Alemania sobre todos los demás países.

#### 4.4. La exaltación oligárquica

La visión jerárquica de Spengler influida por Nietzsche degenera en un concepto manifiestamente oligárquico, tanto social como en su visión de la historia de los países. Así dice (41): "Las fuerzas motrices del futuro no son otras que las del pasado: la voluntad del más fuerte, los instintos sanos, la raza, la voluntad de posesión y de poderío, y sobre ellos se ciernen, ineficaces, los sueños, que siempre serán sueños: justicia, felicidad y paz".

---

(39) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 158.

(40) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 170.

(41) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 23.

O cuando afirma (42): "Pero la sociedad reposa en la desigualdad de los hombres. Es un hecho natural. Hay seres vigorosos y débiles, llamados a ser caudillos y totalmente incapaces de serlo, creadores y estériles, honrados, perezosos, ambiciosos y conformes". "De toda sociedad caen al fondo constantemente elementos degenerados, familias gastadas, miembros decaídos de altos linajes, fracasados e inferiores en alma y en cuerpo". ... "Les une un impreciso sentimiento de venganza por una mala suerte cualquiera que estropeó su vida, la carencia de todo sentido del honor y del deber y un ansia desenfrenada de dinero sin trabajo y derechos sin deberes". Para finalizar: "Una generosidad real caracteriza esta especie de voluntad de poderío. Es la antítesis de la codicia y de la avaricia, lo mismo que de la prodigalidad y del afeminado amor al prójimo".

Afirmaciones que se sintetizan al afirmar (43) que el futuro es de "hombres que se sientan nacidos para ser señores y llamados a serlo", o diciendo (44) que "el derecho humano es siempre un derecho del más fuerte, derecho que el más débil ha de seguir, y este derecho, pensado como permanente entre tribus, es la paz".

No obstante se encuentran afirmaciones hoy consideradas oligárquicas, pero que son simplemente aristocráticas o incluso coherentes con una visión ordenada de la jerarquía social. Por ejemplo cuando afirma (45) que "izquierda la agitación ruidosa en el arroyo y en los límites, el arte de trastornar a la masa urbana con palabras fuertes y razones mediocres", o "la superioridad, el gusto, las buenas maneras y toda clase de categoría interior, son un delito. Las ideas éticas, religiosas y nacionales, el matrimonio para tener hijos, son cosas pasadas de moda y reaccionarias".

(42) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, págs. 92, 93 y 99.

(43) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 66.

(44) OSWALD SPENGLER, *El hombre y la técnica*, Colección Austral, Madrid, 1967, pág. 45.

(45) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, págs. 169 y 97.

No es necesario añadir más citas, pues resultan sobreabundantes en los escritos del autor, pero sí hay una demostración de que más que aristocrático es nietzscheano, y es el poco afecto que demuestra por Platón, sin llegar a los insultos que Nietzsche prodiga a éste en su *Genealogía de la moral*. En efecto, el comunismo platónico no deja de ser un comunismo aristocrático, que podría si acaso haber mencionado, pero no lo hace porque su maestro dejó bien claro en tal obra que considera a Platón como uno de los antecedentes del cristianismo, postura por cierto generalmente asumida en la literatura patristica.

#### 4.5. La antipatía por el mundo latino

En el apartado anterior acerca del racismo se exponen ya suficientes citas que evidencian cuál es el criterio del autor acerca del sur latino. En general no pasan de ser lugares comunes característicos de un sentimiento bastante generalizado en las culturas del Norte europeo, y que se basan fundamentalmente en una repelente idea de superioridad mezclada con un notable desconocimiento de la cultura meridional.

En el caso de Spengler la desvalorización de la cultura del Sur es plenamente coherente con su ideario. Y ello es así porque además el sur europeo es el origen del humanismo, de la afirmación de la idea de una ley natural común a todos los hombres y del mundo católico, que además de tener afirmaciones espirituales específicas es heredero de la cultura de Grecia y Roma.

La cultura germánica, trátase de Lutero, de Marx, de Bismarck o de Hitler ha simpatizado poco con la latina, que siempre ha sido considerada como invasora de su mundo. No es otra la postura de Spengler, que pese a utilizar constantemente las referencias al mundo romano, lo hace básicamente en apoyo de sus arbitrarios paralelismos históricos, de los que espera sacar partido de cara a justificar profecías políticas que le otorgaran un papel de augur. Pero en el fondo de su pensamiento es antilatino.

Es igualmente sintomático que su tesis doctoral fuera acerca de Heráclito, lo que ciertamente evidencia interés por el pensa-

miento griego, pero no por el desarrollo a partir de Platón, que es el que sirve de base a la cultura latina que pervive y se transmite a través de la Iglesia.

Que todo se basa en prejuicios antilatinos se manifiesta claramente en frases como la siguiente (46): "... la conquista de Constantinopla por los turcos en 1453 cerró políticamente los caminos económicos de Asia. Este fue el motivo profundo del descubrimiento de la ruta marítima de las Indias orientales por los portugueses y del descubrimiento de América por los españoles, detrás de los cuales estaban las grandes potencias de la época", para añadir que de lo que se trataba era de "robustecer el poder de los Habsburgo en las combinaciones europeas". Afirmación simplemente absurda, pues los Habsburgo, como es sabido nada tuvieron que ver con el descubrimiento ni con las primeras conquistas.

La misma idea se reitera cuando indica: "Cuando con el descubrimiento de América comenzó de nuevo en gran estilo la emigración de los pueblos nórdicos, detenida mil años antes en la Europa meridional, y se continuó allende los mares, las vigorosas estirpes españolas, en su mayor parte oriundas del Norte ...".

Tal afirmación es muestra de ignorancia pura y simple, una más de las usuales manifestaciones de la soberbia de cierta gente del Norte, que tiene fácil réplica: Francisco Pizarro era natural de Trujillo, Cáceres; Hernán Cortés, de Medellín, Badajoz; Núñez de Balboa, de Jerez de los Caballeros, Badajoz; Hernando de Soto, de Barcarrota, Badajoz; Pedro de Valdivia, de Villanueva de la Serena, Badajoz; Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de Villafranca de los Barros, Badajoz; Francisco de Orellana, de Trujillo, y Pedro de Mendoza, de Guadix, Granada. Todos esos son los principales "nórdicos" que participaron en la conquista tras la que supuestamente estaban las potencias de la época.

---

(46) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 53.

#### 4.6. La crítica a la ley natural

Entendiendo ley natural como aquel conjunto de principios universales y permanentes captables por la razón y fundamentados en la naturaleza del hombre, es evidente a tenor de lo expuesto que cualquier pensador que se base en premisas como las que subyacen en las teorías de Spengler, no puede encontrarse sino en oposición a la idea de que la ley natural exista.

En primer lugar porque (como veremos al tratar la cuestión del nominalismo) cualquier idea de principios universales le es profundamente ajena, dado que ni siquiera cree en la unidad del género humano. Por otra parte, el concepto de ley natural, que es anterior al cristianismo, y que Platón, Aristóteles o Cicerón desarrollan, forma parte o bien del pensamiento griego posterior a Sócrates o de la cultura latina por la que el autor manifiesta bien poco afecto. No cabe confundirse el interés que le produce la evolución del mundo clásico por lo que tiene de modelo histórico que le resulta de utilidad, con la proximidad a las ideas que esa cultura genera.

Nada más alejado del pensamiento de Spengler que las siguientes afirmaciones que Cicerón escribe en su texto *Sobre la República* (Libro III, 22, 23):

"La verdadera ley es una recta razón, conforme a la naturaleza, extendida a todos los hombres; constante, perdurable, que impulsa con sus preceptos a cumplir el deber, y aparta del mal con sus prohibiciones; pero que, aunque no inútilmente ordena o prohíbe algo a los buenos, no conmueve a los malos con sus preceptos o prohibiciones. Tal ley, no es lícito suprimirla, ni derogarla parcialmente, ni abrogarla por entero, ni podemos quedar exentos de ella por voluntad del senado o del pueblo, ni debe buscarse un Sexto Elio que la explique como intérprete, ni puede ser distinta en Roma y en Atenas, hoy y mañana, sino que habrá siempre una misma ley para todos los pueblos y momentos, perdurable e inmutable; y habrá un único dios como maestro y jefe común de todos, autor de tal ley, juez y legislador, al que, si alguien desobedece huirá de sí mismo y sufrirá las máximas penas por el hecho mismo de haber despreciado la natura-

leza humana, por más que consiga escapar de los que se consideran castigos”.

En todo caso nominalismo y desconfianza hacia la razón van profundamente unidos, lo mismo que la utilización del planteamiento formalmente nominalista como justificación del rechazo a la cultura del Sur.

Es innecesario extenderse en desarrollar este punto, que ya queda manifiestamente fundamentado con las citas expuestas anteriormente, pero sí es necesario en cualquier caso recalcar que se trata de uno de los aspectos esenciales de su pensamiento.

#### 4.7. La negación de la razón clásica

La razón clásica se basa en una serie de planteamientos que poco a poco se van quebrando a partir de la Ilustración hasta llegarse a producir la gran crisis, ética y estética (lo que no es casual) en que vive hoy nuestra sociedad.

Así es esencial en el pensamiento griego el descubrimiento de la razón universal (*logos*) que debe ser la ley que rige la vida de los hombres y de las sociedades; o la busca de la belleza y una armonía superior de la que debe participar el hombre; o la idea de comunidad relacionada con los derechos del individuo, pues frente a la *polis* hay unas obligaciones, pero también unos derechos; o la idea de limitación del hombre y de la razón: “No te equivocarás si comparas esa subida al mundo de arriba y la contemplación de las cosas que en él hay, con la ascensión del alma hasta la región de lo inteligible. Este es mi pensamiento que tanto deseabas escuchar. Sólo Dios sabe si está conforme con la realidad... Pero seguiré dándotelo a conocer: lo último que se percibe, aunque ya difícilmente, en el mundo inteligible es la idea del bien ...” (PLATÓN, *La República*, Libro VII, III b).

Todos estos planteamientos son ajenos a Spengler, que pese a atacar el racionalismo, es un consumado racionalista moderno, es decir, que otorga a sus deducciones un valor absoluto, sin pararse a pensar si deben someterse a principios superiores. No debe engañar su crítica al racionalismo, que, por otra parte, tam-

bién se da en los racionalistas del siglo XVIII, a los cuales alude Spengler cuando efectúa una crítica de lo que él entiende por tal corriente. Pero todo ello no es más que una pantalla.

El autor manifiesta sus criterios cuando afirma (47): "La filosofía antigua había agotado ya sus bases hacia 250 antes de Jesucristo ... En la época de Sócrates era el racionalismo la religión de los cultos". Esta última afirmación es desde luego correcta, correspondiéndose con la época de los sofistas y del teatro de Eurípides, pero la primera es, por supuesto, falsa. Ciertamente las grandes figuras de la filosofía ya no surgen en el mundo clásico, pero el último gran personaje es Plotino, de finales del siglo III de nuestra era, personaje que efectivamente supone la clausura de la filosofía pagana y su sustitución por la cristiana, a la que el autor no parece reconocer como parte de la cultura.

Todo ello es perfectamente coherente, por otra parte, con la aversión de Spengler al platonismo en cualquiera de sus formas, lo que está dentro de la lógica nietzscheana, tal como habíamos visto en el punto 4.4.

La realidad es que Spengler pertenece a ese tipo de gentes que a partir del siglo XIX, por antipatía hacia lo cristiano, "se vuelven" presocráticos buscando una supuesta autenticidad de la filosofía, lo que dicho de otro modo significa el rechazo de cualquier autor que pueda entenderse como conducente al cristianismo. Y debe quedar bien claro que el rechazo a la Iglesia católica significa también el rechazo a la filosofía clásica, que es, junto con la religión judía, el segundo de sus antecedentes, tal como ha manifestado claramente el cardenal Ratzinger.

#### 4.8. El anticristianismo

Spengler es un autor que manifiesta una constante oposición a todo lo que el cristianismo significa, y es una interpretación incorrecta la que tan sólo le atribuye una postura opuesta a la

---

(47) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, tomo II, pág. 363.

Iglesia católica, tal como habíamos visto en el caso de Eugenio Vegas. Es cierto que a veces manifiesta reconocimiento a actitudes como la de León XIII, pero no es más que el aprecio hacia lo que él considera un ejercicio inteligente de poder en línea conservadora. Así es cuando afirma (48): "Ha pasado ya mucho tiempo desde que la visión política mundial de León XIII hizo escuela, y el clero alemán fue regido por un verdadero príncipe de la Iglesia, como el cardenal Kopp. Por entonces la Iglesia tenía conciencia de ser un poder conservador y sabía muy bien que su destino estaba ligado al de los restantes poderes conservadores, al de la autoridad del Estado, la monarquía, el orden social y la propiedad; que en la lucha de clases no tenía más remedio que estar a la «derecha» y contra los poderes liberales y socialistas, y que precisamente de ello dependía para ella toda posibilidad de sobrevivir como poder a la época revolucionaria", pero todo ello ha cambiado y ahora "los elementos plebeyos de la clase sacerdotal tiranizan con su actividad a la Iglesia hasta en sus más altas esferas, y éstas tienen que guardar silencio para no descubrir ante el mundo su impotencia", para añadir que "la plebe del estado sacerdotal, severamente enfrenada en tiempos, reina hoy con su pensar proletario sobre la parte valiosa del clero, que considera más importante el alma de los hombres que su voto".

En todo caso no se recata en exponer su concepto antropológico cuando dice (49) que "la vida del individuo no es importante para nadie más que para él mismo" y que "el hombre es un animal de presa", o "la historia de los hombres es la historia de las guerras".

Más brutal aún es en los siguientes textos (50): "El hombre es un animal de rapiña. Finos pensadores como Montaigne y Nietzsche, lo han sabido siempre". "La desesperación de los fracasados reformadores, y las reprimendas de los irritados sacer-

(48) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, págs. 122 y 123.

(49) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, págs. 33, 34 y 26.

(50) OSWALD SPENGLER, *El hombre y la técnica*, Colección Austral, Madrid, 1967, págs. 19 y 20.

dotes, siempre se han guardado mucho de ocultarlo o de negarlo", o "El animal de rapiña es la forma suprema de la vida movidiza. Significa el máximo de libertad con respecto a otros y para sí misma ...", "Al tipo humano confíerele un alto rango el ser un animal de rapiña".

Pero no se trata sólo de una visión antropológica opuesta, sino de una manifiesta antipatía hacia lo que el cristianismo supone como visión cultural (51): "Todos los sistemas comunistas de Occidente han brotado de hecho del pensamiento cristiano teológico: *La Utopía* de Tomás Moro, la *Ciudad del Sol* del dominico Campanella, las teorías de los discípulos de Lutero, Karlstadt y Tomás Münzer, y el socialismo de estado de Fichte. Todos los ideales del futuro soñados y descritos por Fourier, Saint-Simon, Owen, Marx y cien otros tienen su origen sin que sus autores lo supieran, ni mucho menos lo quisieran, en una indignación sa-cerdotal y moral y en la opinión pública sobre las cuestiones sociales ¡Cuánto del Derecho natural y del concepto del Estado de Tomás de Aquino hay todavía en Adam Smith y, por lo tanto —con signo contrario— en el Manifiesto Comunista!".

Vistas las afirmaciones expuestas, no parece que deban quedar demasiadas dudas acerca del carácter de la obra de Spengler, que adopta una posición opuesta al cristianismo en cuanto éste significa.

##### 5. EL CAMUFLAJE DEL CONCEPTO ANTROPOLÓGICO: MÁS NIETZSCHE QUE GOETHE

Averiguar el concepto antropológico que se encierra en un autor, aun siendo imprescindible, no resulta siempre fácil, pues no es habitual que un autor manifieste abiertamente su desdén hacia las personas o su desprecio hacia elementos constitutivos de la dignidad del hombre. Spengler en este sentido no se priva, tal como hemos visto, de manifestar su brutal visión nietzschea-

---

(51) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 123.

na acerca del hombre y de la historia, pero igualmente intenta dignificar tal presentación con apariencias más aceptables intelectualmente.

En el prólogo del tomo I de la *Decadencia de Occidente* nos indica: "Para terminar, no puedo por menos de citar de nuevo los nombres de los dos espíritus a quienes debo casi todo: Goethe y Nietzsche", y de hecho el libro se inicia con la siguiente cita de Goethe:

Quando en el infinito lo idéntico  
A compás eterno fluye  
La bóveda de mil claves  
Las encaja con fuerza unas en otras.  
Brot a torrentes de todas las cosas la alegría de vivir  
De la estrella más pequeña como de la más grande  
Y todo afán, toda porfía  
Es paz eterna en el seno de Dios Nuestro Señor.

De hecho indica en el tomo I de la obra "La filosofía de este libro la debo a la filosofía de Goethe, tan desconocida, y sólo en mucha menor cuantía a la filosofía de Nietzsche", para añadir: "En las siguientes palabras no quisiera ver cambiada ni una tilde: *La divinidad es activa en lo viviente, no en lo muerto; está en lo que deviene y se transforma, no en lo ya producido y petrificado. Por eso la razón, en su tendencia a lo divino, se aplica a lo que vive; el entendimiento se aplica a lo producido, petrificado, para utilizarlo.* (Eckermann) En estas palabras se encierra toda mi filosofía" (52).

Vamos a ver que todo ello no es más que una mera apariencia, pues tiene bastante poco de Goethe y cada vez más de Nietzsche. Como el pensamiento de este último es sobradamente conocido, nada mejor que acudir a las "Conversaciones con Eckermann" (53), en donde Goethe, el gran humanista alemán,

(52) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, pág. 83.

(53) JOHANN WOLFGANG GOETHE, *Obras completas II. Conversaciones con Eckermann*, Aguilar, Madrid, 1968.

de forma privada y distendida manifiesta el trasfondo de su pensamiento.

*15 de octubre de 1826:* "No se puede negar que (von Platen) posee algunas cualidades excelentes; pero le falta amor. No ama ni a sus lectores, ni a los demás poetas, ni siquiera a sí mismo; de suerte que se les pueden aplicar de lleno las palabras del Apóstol: "Si yo hablase lenguas humanas y angélicas y no tengo caridad, vengo a ser metal que resuena o címbalo que retiñe".

*4 de febrero de 1829:* "La religión cristiana es en sí misma una idea grandiosa, hacia la que la doliente y vencida Humanidad ha pugnado de vez en cuando por elevarse; y por haber de considerarla así es por lo que es algo que viene a estar por encima de toda filosofía y no ha menester de su apoyo".

*25 de mayo de 1831:* "Si Dios no impulsara al pobre pajarillo con un amor tan incontenible hacia sus pequeños y no hiciese lo mismo con todos los seres vivos de la naturaleza, este mundo no podría subsistir. De ahí que la fuerza divina esté extendida por todas partes y el amor eterno en todo lugar se muestre activo".

*Última cita de 1832:* "... lo bueno, lo noble y lo bello... no están confinados en ninguna provincia ni país determinados y que hay que coger allí donde se las encuentre".

Y finalmente una cita que le cuadra perfectamente a Spengler:

*Miércoles 14 de abril de 1824:* "Al estilo de los alemanes le perjudica la especulación filosófica, que lo vuelve incomprendible, complicado y presuntuoso".

Como es fácilmente comprobable, el respeto al cristianismo de Goethe no tiene nada que ver con el nietzscheanismo spengleriano; es más, precisamente por estos sentimientos, Goethe manifiesta ver la mano de Dios en todo el transcurrir del mundo, lo que para nada se asemeja a la visión atea y pesimista de Spengler, que citando a quien representa la cumbre de la cultura alemana intenta ocultar, como es común en muchos autores, sentimientos mucho más primitivos y pocos confesables.

Con respecto a uno de los más característicos términos de Spengler, el de "faústico" debe efectuarse una aclaración: aunque habitualmente se suele tomar como derivado del principal personaje de Goethe, el Doctor Fausto, y significando el ansia del infinito y de la acción, el autor lo utiliza en un doble sentido, que suele escapar al lector: el hombre "faústico" no es sólo el que actúa con tales premisas, sino el que hace uso de lo que en alemán se denomina *faustrecht*, o sea, literalmente "el derecho del puño", equivalente a la ley del más fuerte, lo que sin duda es muy nietzscheano, pero jamás podrá encontrarse en Goethe semejante exaltación de la brutalidad.

## 6. LAS CAUSAS DE LA IMPOSIBLE CERTEZA ANALÍTICA

### 6.1. Introducción

Hasta el momento hemos visto el trasfondo antropológico del pensamiento de Spengler. Lo que vamos a ver ahora es que además este concepto antropológico encierra elementos que invalidan cualquier posibilidad de análisis correcto de las situaciones históricas. En época de Spengler, personaje que además esperaba ganar plaza de profeta, ya se pudo comprobar cómo nunca acertaba en sus pronósticos a corto plazo, lo que nada tiene de extraño, tratándose de un personaje tan visceral y reconcomido por sus ansias de destrucción inmediata del régimen de Weimar, pero se le reconocía una gran capacidad de predicción a largo plazo, dando por inevitables sus predicciones. Ello, desde luego, es más un acto de fe que ninguna otra cosa, y se trata de una opinión basada en el arbitrario paralelismo que Spengler establece entre nuestra época y el momento de la historia de Roma que en su opinión mejor se ajusta a sus gustos. Todo ello dentro de un tono de dictamen profético muy similar al marxista, del que cualquiera que analice los datos históricos debe librarse para no caer en los errores que caracterizan a todo tipo de manipuladores de la historia.

Lo que ahora vamos a ver es cómo sus planteamientos incluyen aspectos que hacen imposible cualquier certeza en el análisis y mucho más aún en las predicciones.

## 6.2. El irracionalismo

La mayoría de los planteamientos del mundo moderno surgen sin duda ninguna de la Ilustración, y ello ha supuesto una fuerte oposición entre tales planteamientos y los provenientes del mundo cristiano, siempre y cuando, claro está, ese cristianismo sea coherente con sus orígenes y fundamentos. Por ello el término racionalismo engloba un conjunto de supuestos y de autores que se encuentran al margen de la cultura cristiana tradicional y en oposición a ésta.

No obstante, si reflexionamos sobre ello, el término racionalismo es de los pocos que, procediendo de la Ilustración o de su entorno, tienen una cierta connotación negativa, y ello no se debe precisamente a la crítica cristiana, tan rechazada por el mundo actual, sino a que pensadores al margen del cristianismo han vertido críticas hacia los racionalistas, así por ejemplo Burke cuando critica el racionalismo de la declaración francesa de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789, o los anteriormente mencionados románticos y organicistas alemanes.

El término "racionalista" no es de los que disfrutan de mayor prestigio, pues incluso los más estrictos racionalistas anglosajones del siglo XVIII lo critican, si bien en ello hay una notable confusión: para el racionalismo anglosajón del siglo XVIII, "racionalista" significa aristotélico, tomista o bien cartesiano, por lo que no hay que dejarse confundir por los términos, pues nada más racionalista estrictamente hablando que el pensamiento anglosajón de la época, que afectando desconfianza hacia la razón exige la creencia dogmática en afirmaciones provenientes de sus razonamientos, si bien se trata de afirmaciones mutables en el tiempo, aunque no por ello menos exigibles durante su período de vigencia.

Lo cierto es que cobijado tras el concepto "antirracionalista" aparece un conjunto de proposiciones completamente incompa-

tibles entre sí, siendo una de ellas la menos presentable de todas: el irracionalismo. Y lo que sucede con el irracionalista Spengler es que resulta tan enemigo de la razón clásica como del racionalismo, como igualmente es ajeno al humanismo, lo que está en plena coherencia con su nominalismo, tal como luego veremos.

Tal como indica Joseph Vogt (54) Spengler toma "la decisión a favor de la intuición y en contra del análisis" y describe "su concepción de la realidad como un río dinámico que no puede ser comprendido lógicamente, sino que ha de ser captado por la sensibilidad".

En efecto Spengler manifiesta un claro rechazo a la lógica de las ciencias cuando afirma (55) que "el mundo considerado como conexiones causales aparece tardía y raramente, sólo en el intelecto enérgico de las culturas superiores, como una adquisición más firme, pero, en cierto modo, más artificial".

En la misma obra dice claramente (56): "Racionalismo significa la fe *solamente* en los resultados de la intelección crítica, esto es, en el "entendimiento". Si en la primera época se formuló el *credo quia absurdum*, es porque esta afirmación contenía la certidumbre de que lo inteligible y lo ininteligible, *juntos*, forman el mundo, la naturaleza que pintó Giotto y en la que los místicos se sumían, el universo, en que el entendimiento no penetra sino hasta donde los permite Dios", aprovechando de paso para atacar el aristotelismo como racionalista al afirmar que en adelante "Sólo para los incultos es indispensable la vieja religión, piensa Aristóteles". Por ello critica al materialismo porque (57) prescindir de "de todo lo que sea vida e intuición".

La última afirmación es la manifestación de lo que criticaba Vogt, y lo que hace tan difícilmente asumibles las tesis spengle-

(54) JOSEPH VOGT, *El concepto de la historia de Ranke a Toynbee*, Ed. Guadalupe, Madrid, 1974, pág. 76.

(55) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, pág. 163.

(56) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, pág. 356.

(57) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, pág. 360.

rianas en el mundo universitario. Ello no difiere mucho en la práctica de la postura marxista, salvo en que ésta se declara "científica", pero reconocer abiertamente la intuición como base principal de una visión prospectiva, no deja de ser algo que metodológicamente resulta difícil de asumir, máxime cuando uno se decanta por considerar que la parte no racionalmente explicada del universo es determinante para la construcción de una ciencia como la historia.

Por ello, pese a su notable éxito de ventas, Spengler nunca acabó de alcanzar el reconocimiento que buscaba, lo mismo como analista que como profeta, y que abiertamente confiesa (58): "La magna obra del historiador es comprender los hechos de su tiempo y, partiendo de ellos, presentir, interpretar y diseñar el futuro".

### 6.3. La idea de destino y de libertad

La idea de que el hombre es libre para actuar es una aportación del cristianismo, que tras siglos de pugna con el paganismo concluye con la célebre afirmación de San Agustín, que en la *Ciudad de Dios* (XII, 20,4) afirma: "Desechemos, pues, los famosos períodos circulares que necesariamente llevarían al alma a sus miserias de siempre", haciendo referencia a los *animarum circulos* de Porfirio, "una serie eterna e insuperable de cosas, una cadena que está dando vueltas en sí misma", pensamiento éste muy arraigado en el mundo grecorromano del que hay numerosas citas en buena parte de los autores clásicos.

*Años decisivos* se abre con la siguiente cita wagneriana: "Sujetas a los destinos del mundo tejen las normas. Nada pueden cambiar ni mudar". No son infrecuentes las manifestaciones de determinismo, como (59) "la lógica del sino ... rige en el devenir cósmico", lo que hace manifestar al autor con insoportable suficiencia (60): "He señalado una y otra vez lo que ha de suceder porque sucederá".

---

(58) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 12.

(59) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, pág. 190.

(60) OSWALD SPENGLER, *Años decisivos*, Colección Austral, Madrid, 1962, pág. 15.

Por supuesto puede haber todo tipo de dudas acerca de si una postura "antigua" en cuanto a la no creencia en la libertad de actuación del hombre era verdaderamente sentida por el deudor, o si se trataba de una simple coartada para convencer de lo inexorable de sus predicciones. Lo cierto es que toda la elaboración de Spengler se basa en construir líneas de desarrollo de las culturas, recreando los mismos *animarum circulos* de Porfirio, aplicados en especial al ámbito de la occidental, añadiendo las líneas proféticas de desarrollo futuro.

Las detalladas y tabuladas descripciones paralelas de las respectivas evoluciones de las diversas culturas producen ciertamente una impresión de predestinación en cuanto a los acontecimientos a esperar del futuro que son, lógicamente, los que más le convienen. Así, al hablar de la cultura occidental, la fase siguiente se describe como: "Formación del cesarismo. La política de violencia vence al dinero. Las formas políticas van tomando un carácter cada vez más primitivo. Las naciones se convierten en una población informe, que se reúne en un imperio cada vez más primitivo y despótico". Y ya, finalmente, nada menos que a partir del año 2200, se permite pronosticar la época del caudillaje junto a la vuelta al primitivismo, y para justificar estas afirmaciones se basa en el momento que oscila entre la dictadura de Sila y la época augústea, que es el que juzga más similar al nuestro.

Desde un punto de vista metodológico, la vieja idea del eterno retorno, tan cara a Nietzsche, expresada en frase vulgar como que "la historia se repite", no tiene base posible. Una cosa es que ciertas evoluciones del pensamiento o de las actitudes guarden similitud, incluso muy notable, y otra que no quepa esperar salvo una reiteración de los acontecimientos a los cuales estaríamos forzosamente encadenados.

Evidentemente no se le ocurre al autor pronosticar una derrota brutal de Alemania, sino todo lo contrario, un papel central para su país, argumento que reitera machaconamente. Bien mirado, tampoco a Marx se le ocurre pronosticar el derrumbe del régimen comunista, sino el triunfo mundial de la revolución, a la que hay que unirse con fe religiosa o aceptarla como inevitable. Pero ambos son casos de manipuladores, cada uno basando su

obra en un fárrago de datos que busca apabullar al lector y sumergirle en una idea de predestinación referida a lo que el autor desea.

Lo que resulta inconcebible es que tales sistemas proféticos con pretensiones de base científica hayan podido disfrutar del reconocimiento intelectual que llegaron a tener, cuando en realidad no son más que hábiles sistemas de interesada propaganda que los hechos se han encargado de refutar.

#### 6.4. El nominalismo

Cuando de la orden del "hermano sol" y el "hermano lobo" surgió el "hermano Ockham" con su destructiva afirmación de que los universales no son más que nombres vacíos creados por una razón hacia la que sentía la mayor desconfianza, se inició el proceso de demolición que es característico del nominalismo. Ya no habrá conceptos universales, ni acerca del hombre ni de la ley natural, y se estará sentando la base del mundo moderno.

Spengler participa plenamente del nominalismo vigente, que manifiesta en su clasificación de las culturas y en su rechazo a la razón y a los principios universales. En efecto, la clasificación de las culturas fabricada por él es un conjunto de compartimentos estancos que carecen de relación entre sí y que no pueden ni comprenderse mutuamente ni relacionarse salvo para combatirse y tratar de imponerse unas a otras.

Todo ello es perfectamente coherente con la negación del hombre como concepto universal, pues tal como dice Vogt (61): "La idea de una historia continuada de la humanidad es calificada por Spengler de concepción completamente trivial, ya que la humanidad no existe". Por ello añade Vogt: "Realmente funesto es el relativismo que se deriva de considerar las culturas como fenómenos naturales aislados. Se abandona la noción de verdad y se renuncia a la fundamentación filosófica de la ética. En

---

(61) JOSEPH VOGT, *El concepto de la historia de Ranke a Toynbee*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1974, págs. 78, 100 y 91.

Spengler cada cultura tiene su propia ciencia y su propia moral", por lo que añade que "De ahí que toda cultura haya de ser tomada e interpretada en sí misma: no hay continuidad en la historia universal".

No es de extrañar la falta de aceptación que supuso tal planteamiento en el mundo universitario, pues como indica el mismo Vogt (62), "La concepción meramente biológica de las culturas suscita el desacuerdo", ya que "estas culturas... seres vivos de alta categoría, crecen en una sublime falta de finalidad, como las flores del campo. Pertenecen a la naturaleza viva de Goethe, no a la muerta de Newton". De acuerdo con esta concepción puramente biológica de la cultura, se proclama la naturalidad del alma de la cultura como superior a todo pensamiento".

Todo ello no es sino consecuencia del planteamiento nominalista, que en su rechazo a los planteamientos universales y a la razón deja vía libre a todo tipo de arbitrariedades metodológicas, incluido el más exagerado subjetivismo, o la intuición como sistema.

Spengler no deja de manifestar, además, su criterio en afirmaciones como (63) "nada es aquí perdurable, nada universal", o "la validez universal es siempre una conclusión falsa que verificamos extendiendo a los demás lo que sólo para nosotros vale" y "no hay verdades eternas. Toda filosofía es expresión de su tiempo y sólo de él", lo que deja bien explicitado su pensamiento relativista y nominalista.

Por otra parte, manifiesta abiertamente su admiración por el nominalismo, otorgando a su creador el más alto calificativo del pensamiento spengleriano, el de "fáustico", cuando dice (64): "Los primeros pensadores fáusticos como Duns Scotto y Occam, ven en la conciencia dinámica una lucha entre las dos fuerzas del yo, la voluntad y el entendimiento", con lo que se produce la para él

(62) JOSEPH VOGT, *El concepto de la historia de Ranke a Toynbee*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1974, págs. 87 y 81.

(63) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, págs. 51 y 53.

(64) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, tomo, II, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, pág. 284.

feliz conclusión de que "Así queda cambiada la posición del problema de San Agustín".

Es curiosa, no obstante, la naturalidad con que nuestra época adopta los criterios nominalistas, como puede verse en esta exposición, aséptica y nada crítica, por otra parte, de Gustavo Bueno (65): "Probablemente la modulación más radical de esta concepción culturalista de las ciencias la encontramos en Oswald Spengler. Su radicalismo podría ser derivado del tratamiento que Spengler dio a la idea de Cultura en cuanto «clase distributiva de culturas», es decir, de esferas culturales concebidas como «super-organismos» mutuamente independientes (en cuanto a la materialidad de sus contenidos), sin perjuicio de los rigurosos paralelismos que habría que establecer entre ellos. Las ciencias serán órganos característicos de cada una de las culturas y, por tanto, sólo podrían ser entendidas en el contexto de la cultura determinada a la que pertenecen, como ocurre también con la música, la pintura, la literatura o la religión. Así como no existe una «música pura», común a todos los hombres, sino música alemana, música árabe o música bantú, así tampoco existiría «ciencia natural pura» que pudiera ser considerada como contenido «común a todos los pueblos»: hay matemática griega, matemática árabe o matemática fáustica, pero no matemática pura".

No hace falta insistir mucho más para dejar en claro la posición nominalista de Spengler, como también parece evidente concluir diciendo que con una visión que rechaza los planteamientos universales es difícil concebir un sistema verdaderamente explicativo de la realidad de las cosas y de la historia. En todo caso el autor cae finalmente en la errónea conclusión interesada de todos los nominalistas: no reconocen principios universales para su análisis, pero sí exigen un reconocimiento y una aplicación universales para sus conclusiones.

---

(65) GUSTAVO BUENO, *La función actual de la ciencia*, Conferencia en la Universidad de Las Palmas el 28 de enero de 1995. Servicio de Publicaciones de la Universidad.

## 6.5. El pesimismo

Spengler manifiesta a lo largo de todos sus escritos una actitud profundamente negativa en cuanto a las expectativas de desarrollo de la única civilización que le interesa, la occidental. Realmente adopta la actitud de pájaro de mal agüero desde el inicio, lo que no deja de ser sintomático cuando se tiene en cuenta que empezó con el bosquejo de su obra más conocida ya antes de la Primera Guerra Mundial, cuando el Segundo Reich se encontraba en su momento cumbre.

Según el autor, el destino de la cultura es pasar el estado de "civilización", pero (66) "todas las grandes culturas son otras tantas derrotas", lo que resulta inevitable, ya que (67) "civilización es el extremo y más artificioso estado a que puede llegar una especie superior de hombres. Es un remate; subsigue a la acción creadora... Es un final irrevocable".

Y a medida que pasa el tiempo acentúa su pesimismo, tal vez influido por la situación de su país, cuando dice (68): "hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin salvación en el puesto ya perdido", o "pero lo que es evidente, es que se inicia el fin de la humanidad, así que soy fundamentalmente un pesimista decidido. No veo ningún progreso, ningún fin, ningún camino de la humanidad fuera de las cabezas de los filisteos del progreso. No he visto jamás espíritu alguno, ni unidad en el avance, ni en la rutina, ni en las creencias de la plebe. Veo una dirección inteligente de la vida hacia un fin, una unidad de alma, del querer y del sufrir sólo en la historia de las culturas aisladas".

---

(66) OSWALD SPENGLER, *El hombre y la técnica*, Colección Austral, Madrid, 1967, pág. 32.

(67) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, pág. 61.

(68) OSWALD SPENGLER, *El hombre y la técnica*, Colección Austral, Madrid, 1967, págs. 67 y 111.

Y más desoladora es aún su conclusión en lo que respecta al arte (69): "El hombre del Occidente europeo no puede ya tener ni una gran pintura ni una gran música, y sus posibilidades arquitectónicas están agotadas desde hace cien años", postura ésta que como vimos en su momento fue duramente criticada por Thomas Mann, calificando a Spengler de "derrotista de la humanidad".

No debe perderse de vista que los planteamientos apocalípticos son bastante frecuentes en la propaganda política, máxime en momentos de crisis o de necesidades electorales, y que ello suele estar bastante en consonancia con el sentido extremista de la política, dentro del que nuestro autor se inserta. La cuestión estriba en que Spengler pretende dar un rango intelectual a un pesimismo que lleva a extremos casi morbosos, lo que por otro lado le puso en su momento en perfecta sintonía con quienes veían su época como cercana al fin de la civilización y, por tanto, necesitada de un remedio quirúrgico a aplicar con toda la profundidad que fuera necesaria.

De nuevo cabe observar que tales planteamientos enfermizamente pesimistas no son precisamente una posición adecuada para un análisis objetivo de la historia.

## 6.6. La actitud ideológica

Si algo ha resultado tener carácter manifiestamente destructivo en la época moderna, han sido las ideologías. Aplicadas al análisis científico han dado lugar a todo tipo de afirmaciones extravagantes envueltas en aires de dignidad profética y exigencias de sumisión realmente insufribles, pero así con todo han logrado grandes éxitos de adhesión especialmente en sectores humanos muy concretos: el de los carentes de criterio, el de los inseguros que buscan seguridades, y el de los vinculados a los intereses políticos.

---

(69) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, pág. 72.

Una ideología siempre sigue el mismo proceso: selecciona una parte de los hechos, presentes o pasados, como base para su desarrollo; a continuación escinde ese aspecto elegido del resto de la realidad; pasa a desarrollar un sistema cerrado y supuestamente completo basado en ese aspecto parcial con la intención de explicar la totalidad de las relaciones humanas. Y, finalmente, como buen idealismo, concluye afirmado que la realidad no son los hechos reales sino las ideas, dando lugar a una auténtica actitud de juicio enajenado que resulta sofocante e irrespirable para quienes no participan de la ideología, ante la proclamación de todo tipo de absurdos como dogmas indiscutibles. Y si finalmente alcanza el poder —una ideología es necesariamente un instrumento de poder— termina aplicando un proceso de segregación social más o menos brutal hacia la población que no comparte sus criterios.

En cualquier caso resulta claro que nada como las ideologías ha llegado a resultar un factor tan deformante de la capacidad de observación y de análisis de la realidad, tanto de la propia como de la ajena.

El punto de partida para la construcción ideológica podrá ser la idea de raza, la de nación, la de Estado, la de proletariado explotado por ciertas relaciones de producción, o cualquier otra —que podrá encerrar mayores o menores posibilidades explicativas— pero en cualquier caso el esquema es siempre el mismo.

De lo que no caben dudas es de que Spengler adopta una actitud claramente ideológica a partir del siguiente proceso: elemento elegido como base de su desarrollo, la idea de cultura occidental; escinde luego tal idea del resto de los desarrollos históricos, lo que queda perfectamente facilitado por el aval nominalista; la historia de la humanidad entera pasa luego a explicarse a través de este criterio, aunque para no incurrir formalmente en contradicción, su conciencia nominalista le lleva a afirmar que (70) "la historia universal puede y debe hacer caso omiso de su observatorio accidental: la Edad Moderna ... también la Luna

(70) OSWALD SPENGLER, *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, Madrid, 1966, pág. 138.

nos parece más grande que Júpiter y Saturno"; y como conclusión aparece una construcción rígida en cuanto a sus valores explicativos tanto históricos como prospectivos a los que se otorga un valor absoluto más allá de lo que los hechos reales puedan indicar. Todo ello, por supuesto, con una intencionalidad de dominio político vinculado a los sectores de la derecha radical de la época de Weimar.

Y no hace falta reiterar que quien adopta una actitud ideológica por fuerza se separa de la realidad, pues nada hay más saliente que afirmar que la realidad no es real, sino que son las ideas las verdaderamente reales. Aplicada esta base de razonamiento a la historia, no puede surgir sino una construcción todo lo aparatosa que se quiera, pero forzosamente errada.

#### 7. CONCLUSIÓN: EL NECESARIO ANÁLISIS DEL CONCEPTO ANTROPOLÓGICO DE UN AUTOR

Cuanto acabamos de ver parece dejar claro que si no se analiza el concepto de persona subyacente en un autor, puede terminarse aceptando un pensamiento caracterizado por todo tipo de dislates como un producto intelectualmente apreciable. Véase cómo Ortega no opone reparos a una obra en la que aparece como introductor, pese a ser una carga de profundidad contra su pensamiento, si bien es cierto que *La decadencia de Occidente* no presenta formalmente el radicalismo de *Años decisivos* o de *El hombre y la técnica*, pero no por ello dejan de basarse las tres obras en las mismas premisas.

Queda claro, no obstante, que sólo desde el punto de vista católico se ha efectuado un análisis correcto del trasfondo del pensamiento de Spengler, lo que no es casual. La interpretación católica, al tener uno de sus dos orígenes en el pensamiento griego, resulta ajena a interpretaciones como la del autor, y ni siquiera hace falta entrar en demasiadas profundidades para captar que su construcción es "otra cosa". Los aspectos aquí utilizados para el análisis podrán captarse con mayor o menor intensidad, pero

es evidente que Spengler resulta ajeno a una forma tradicional de razonar. Igualmente es la interpretación clásica católica la que hemos visto que cuenta con mayores argumentos para el análisis de las formas del pensamiento. Que entre los intelectuales católicos españoles surgieran parciales admiraciones hacia Spengler no contradice la afirmación anterior. Se trata de una parcial asunción dentro de una época tan convulsa como la España de los años treinta, en donde la crítica radical a la democracia —que es el único aspecto seleccionado— era de uso común.

En cuanto a la hoy generalizada actitud nominalista, sólo cabe decir que supone una renuncia a la razón y a la búsqueda de la verdad. Aplicando este criterio analítico a la historia no puede haber otro resultado salvo una exposición de datos que puede ir del planteamiento más aséptico al más ideológico, pero siempre forzosamente relativista. Y no hay escapatoria a tal consecuencia desde tales principios.

No obstante, y yendo a la generalidad de los autores, ¿acaso no son casi todos nominalistas? ¿Acaso no son en su inmensa mayoría racionalistas? ¿Acaso no se basan en desarrollos de pensamiento que ignoran la razón clásica de Grecia y Roma? ¿Es que no son anticristianos en su mayor parte? ¿No existe un fuerte prejuicio general a favor de la cultura germánica y anglosajona y una imagen desvalorizadora de la cultura latina? ¿No hay una fuerte actitud ideológica en la mayoría de los autores? ¿Cuántos juzgan los hechos a partir de la premisa de la existencia de una ley natural permanente y universal para todos los hombres?

Y la cuestión ya no es que un autor, como persona, pueda estar equivocado en sus planteamientos; a partir de ahí se pasa ya a otra cuestión igualmente grave que le atañe como científico de la historia: que, como en el caso de Spengler, con fundamentos como los antes indicados, la certeza analítica no puede ser sino sumamente reducida.